

vista, rectificaré algunos errores notables que hayas encontrado, para que si los publicas, como me indicaste una vez, la edicion salga un poco más correcta, aunque no de un mérito sobresaliente, supuesto que es un pintor el que escribe, y no un literato.

Mañana tendré el gusto de verte; entretanto, te desea salud el que se repite atento amigo y seguro servidor.

FELIPE S. GUTIERREZ.

## VIAJES A LAS REPUBLICAS DEL SUR A

### I

Texcoco, Enero 25 de 1879.

México.

María muy estimable:

Llegó la hora, amiga mia, de emprender el viaje á las repúblicas del Sur, de que tanto hemos hablado tú y yo varias veces; testigo eres de la gran simpatía que les he profesado siempre y no solamente yo, sino casi todos los mexicanos, por ser del mismo origen, tener la misma afinidad de costumbres, haber seguido la misma suerte en política, te-

BIBLIOTECA VANDERBILT  
 D. R. N. Y.

ner la misma historia, y en suma, por ser nuestras hermanas.

Los mexicanos lamentamos siempre la fatalidad de que, á pesar de la simpatía que une á todos los países de la América española, hayan estado separados siempre entre sí, sin comunicarse mutuamente y sin conocer su respectivo estado en las ciencias, las artes, la literatura, la industria, etc., de modo que cada República, ignora los nombres de los hombres más notables que han producido las demas en esos ramos y están completamente á ciegas de todo lo que les pertenece á sus hermanas.

México y cada una de las Repúblicas del Sur y de Centro-América, tienen transacciones comerciales con Europa y los Estados-Unidos; miéntras que entre sí, no se cambian una sola de sus producciones locales.

Tenemos los americanos relaciones en literatura, ciencias, etc., con aquellos países, y los periódicos nuestros hacen el viaje al extranjero, á la vez que en México no se ven jamás, pero ni se co-

nocen en el público, un periódico Chileno, Argentino, Colombiano, Peruano, etc., lo mismo que esas repúblicas no leen los nuestros; apénas alguna redacción, recibe uno que otro de sus vecinos, dos ó tres veces al año.

Yo creo, que hasta para sus adelantos de todo género, las repúblicas hispano-americanas debian estar en relaciones íntimas, comunicándose mutuamente sus conocimientos, cambiándose sus periódicos y estableciendo vías de comunicación de unas á otras. Pienso que con un sistema semejante, se crearían intereses comunes, que dieran por resultado el mayor adelanto de todos y cada uno de los países americanos; y si es cierto, "que la union dá la fuerza," en un conflicto se ayudarian mutuamente, y ningun advenedizo se atrevería á profanar su suelo.

Este sistema de alianza, fué proyectado por Bolívar, y ha sido despues discutido por algunos publicistas y otros hombres de política en ambos hemisferios, deseando desarrollarlo y estable-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. S. N. Y.

cerlo en la América española, para defenderse del enemigo común y aun para mitigar entre sí los efectos de sus contiendas civiles; pero ha presidido una verdadera fatalidad para la creacion y realizacion de ese gran pensamiento, y las cosas se están como siempre, retardándose los grandes adelantos civiles y políticos que se debían operar en grande escala en todos nuestros países.

Tal vez la locomotora, poco más tarde, venga á remediar este mal, ahora que se proyecta la construccion de vías férreas en México, y que algunas están ya en explotacion, así como los pueblos de la América del Sur establecen ya las suyas. De esta manera conocerán aquellos y el nuestro, que se ha perdido un tiempo precioso, y se llenarán de asombro al palpar el floreciente estado á que han llegado ciertas repúblicas en alguno de los ramos del saber humano, habiendo quedado ignorado de sus hermanos por tantos años.

Por ejemplo, cuando estuve en Colombia y hablaba con algunos indivi-

duos de ese país, sobre los adelantos que se habían operado en México en ciencias, bellas artes é industria, de la época de la Independencia hasta nuestros días, á pesar de la revolucion, quedaban admirados y no querían creer que los mexicanos hubiésemos llegado á tanta altura.

Idéntica cosa sucede en México respecto de la Nueva Granada, que apenas un reducido número de personas y aun pocos escritores, tienen noticia de los grandes adelantos de los colombianos en bella literatura, ciencias y música: en estos tres ramos hay hombres notables, cuyas producciones han sido admiradas en la misma Europa.

Algunos literatos amigos míos, á mi salida de Colombia, me regalaron sus composiciones literarias, en poesías, cuadros de costumbres, novelas, comedias, etc., y el bello estilo con que están escritas estas obras, revela un profundo conocimiento de las materias que tratan y un cierto sabor de americanismo que se encuentra, y no quisiera uno dejar el

D. R. M. Y.  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 FACULTAD DE CIENCIAS  
 UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

libro de la mano, especialmente en los cuadros de costumbres, entre cuyos escritores sobresale el Sr. D. José María Grot, autor de la Historia civil y eclesiástica de Colombia, que me regaló este respetable amigo mío.

Lo mismo que se dice de Colombia, se puede decir de Venezuela, de Chile, etc., y sería muy hermoso que todas estas secciones se comunicasen y se uniesen para ejecutar grandes cosas; entónces adelantarian más y en todos los ramos se crearia una escuela esencialmente americana.

Ahora que dirijo mis pasos á esas repúblicas hermanas, te ofrezco, María, darte de ellas una noticia semejante á la que te dí en mi anterior viaje de algunos pueblos de México, los Estados Unidos y Europa, es decir, un poco á la ligera, eso sí, acentuándote lo más notable, y procurando que brille la verdad en todo, pues creo que esta es la cualidad principal que debe campea en los libros de viajes, que nó esas fantasías y exageraciones que desorientan la

lector y que no le dan una idea justa de lo que se pretende darle á conocer.

Esto dicho, procedo en estas últimas líneas, á formular mi despedida, deseando que seas muy feliz, que á mi vuelta te encuentre tan hermosa como te dejo, y que no olvides á tu amigo.

*Aumento.*—De la Habana ó de Jamaica te escribiré mi primera carta. Adios.

B. N. N. N. N.  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 CÁDIZ

Jamaica, Marzo 11 de 1879.

QUERIDA MARÍA:

Salí de Veracruz como te anuncié en mi última carta, en el Tiber, y á los tres días y medio llegué á la Habana.

Con esta es la segunda vez que estoy en la ciudad, únicamente que en la primera, como recordarás, estuve solamente unas cuantas horas por el aguacero que cayó, y que fué causa de no haber podido conocerla bien.

En esta época permanecí más de un mes, y en todo este tiempo he tenido ocasion de pasearme y penetrar por todos los rincones de la poblacion, de modo que ahora si podré darte una idea de ella; pero no será esta vez, porque he formulado la intencion de verificarlo á

mi vuelta de las repúblicas, al hablar de Curazao, Puerto Rico, y demás Antillas, excepto Puerto Príncipe, del que te enviaré una ligera descripcion.

Dirás, amiga mia, que lo mas natural era que te hablara ántes de la Habana, primer punto que toco en mi viaje; pero á esta justa objeccion te contesto; que no he tenido un momento desocupado para haberte escrito todas las peripecias de mi estancia en la ciudad y por consiguiente "se me juntaria el trabajo" como suele decirse, teniendo que hablarte hoy de Jamaica y al mismo tiempo de la Habana.

En este supuesto, comienzo á hablar sobre Jamaica, diciéndote: que llegué á esta isla á las siete de la mañana de hoy y el vapor atracó inmediatamente al muelle, que es bastante amplio y cómodo.

En él se miran multitud de vapores de diversas naciones, cargando y descargando mercancías de todo género.

El tráfico es muy animado, porque por un extremo mírase un buque ameri-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA

cano descargando hielo y los negros que se ocupan de esta operacion, entonan canciones extrañas, pero que no carecen de ritmo, al compás del tiron que dan al cable, que por medio de un gancho, saca los grandes trozos de hielo, que puesto sobre el extremo de un largo puente, inclinado á tierra es recibido por otros trabajadores y colocado en los carros; por otro, se ven centenares de negros de ambos sexos con sus canastos, acarreando carbon de piedra de unos grandes montones para surtir á algunos de los vapores que hacen su provision de este combustible; esta pobre gente está vestida con los desfiguros mas extraños, especialmente las mujeres, que se remangan la enagua hasta media pierna, atándosela en el cuadril, con lo que simulan estatuas griegas; tambien entonan canciones coreadas estos trabajadores, que no dejan de encerrar su poesía, y cantan seguramente para distraerse del trabajo.

Por el lado de nuestro vapor, poco despues de su llegada, se acercaron cua-

tro ó seis muchachos nadando y exultando á los pasajeros á que les arrojáramos algunas monedas para manifestarnos su habilidad en tomarlas del fondo.

Efectivamente, apenas caía la moneda, el negrito que estaba mas próximo, se zambullia, y algunas veces ántes de tocar la tierra, la tomaba con la mano ó en la boca. No dejaba de costarnos algo cara esta diversion, porque para divertirnos con la habilidad de los muchachos, les botábamos monedas y más monedas: lo admirable era el mucho tiempo que se mantenian sobrenadando sin descansar, y yo, que recordaba los tiburones de la bahía de Puerto Príncipe, extrañaba que los de la de Jamaica no se merendaran á alguno de aquellos muchachos pescadores de dinero.

Como nuestro vapor debia permanecer dos ó tres dias para tomar carga y dejar la que llevaba, determiné salir á dar un paseo por la ciudad, encaminándome directamente al centro.

Las calles de esta, son rectas y per-

fectamente orientadas; la mayor parte de las casas de madera y ladrillo: el centro está ocupado por el comercio, compuesto de efectos europeos. Miránse grandes almacenes, tiendas de abarrotes ó pulperías, cafés, restaurants y algunos hoteles, viviendas de gente de color y otra, y fuera de la ciudad, las quintas ó parques que habitan las familias inglesas, muchas de ellas magníficas, con edificios suntuosos y amenos jardines.

Para conocer estos bellos alrededores, engastados entre las arboledas, las palmeras y los plátanos, hay necesidad de hacer el paseo en carruaje, porque son muy extensos y circundan la población.

Este paseo lo emprendí en la tarde, cuando la brisa del mar bañaba con su ambiente embalsamado todo aquel campo bordado de césped y flores aromáticas; algunas carretelas asomaban de vez en cuando, bien por algunas sendas cubiertas de espeso ramaje, ó bien por anchas vías que convergen á la po-

blacion, y esos vehículos ostentaban algunas *ladies*, cuyos dorados rizos mezclados á las cintas turquíes de sus sombreros, ondeaban con el viento.

Después de admirar algunas de las casas de campo ó habitaciones inglesas, pardeando ya la tarde, me apeé de mi carruaje al frente de un hermosísimo jardín situado al fin de la calle principal hácia el Sur. Sus dimensiones son extensas y está perfectamente cultivado á la inglesa y embellecido con cinco hermosas fuentes, mucho mas grandiosa la del centro, y cuatro estatuas de mármol en las puertas de entrada, representando personajes ingleses, cuyo mérito escultórico no deja de llamar la atención.

Al costado occidental del jardín, alardea la preciosa fachada de un templo gótico protestante, cuyo material es de una cantera color de rosa.

A fuer de artista, me puse á examinar las partes y el conjunto de ese lugar encantador y hallaba todos sus pormenores agradables y de buen gusto.

Paseaban á esa hora, que serian las seis de la tarde, varias familias inglesas y alguna que otra de color, porque en Jamaica la mayor parte de los habitantes son negros, lo mismo que sucede en las Antillas, en la que están en minoría los blancos.

Como casi estaba ya oscuro, regresé al centro de la ciudad y me encontré todo el comercio cerrado y apenas una que otra casa de gente pobre abierta, lo mismo que pocos transeuntes por las calles.

Fuime al vapor no teniendo otra cosa que hacer, y al otro día volví á repetir el paseo; con el fresco de la mañana, recorrí á pié otras nuevas calles, visité de nuevo otros alrededores para ver parques ingleses, y cuando apretaba el calor, regresé al centro y fuí á tomar un almuerzo á uno de los mejores restaurants.

Las horas del fuerte calor las pasé en union de otros pasajeros, en el mismo restaurant, leyendo periódicos y mirando jugar al billar. De vez en

cuando, llegaban negras á ofrecernos abanicos de palma y otras curiosidades, como relojas, cadenas, pulseras, bolsitas, gargantillas, etc., de una especie de pepita como de melon, de varios colores, perfectamente trabajadas.

Cuando se hizo de noche, nos fuimos á bordo y en seguida me puse á escribir estas líneas, despidiéndome de tí hasta Colon.

Adios, María apreciada.



dor, abanicos de palma ó de otro vegetal encarrijado de una fibra bastante fuerte y vistosa, piñas, bananas (plátano), y otras frutas y bebidas propias de los trópicos.

Cuando sonaban los pitos de las locomotoras del tren que salía para Panamá y los de los vapores que iban á Europa y los Estados-Unidos, todo el mundo partía á su respectiva ruta, y á poco toda la multitud que habia presentado una pequeña Babilonia en Colon exalando los diversos idiomas de la Torre de Babel, desaparecia parte por entre las espesas arboledas y palmeras del estrecho, y parte en las brumas del Atlántico, lanzándose ambos entre los peligros del ferrocarril y los de los mares turbulentos.

Estas escenas que presencié en mi primer visita á Colon, volví á ver en la segunda pocos años despues, y vuelvo á tener á la vista en la actualidad, con una diferencia: que en cada una, la poblacion ha ido mejorando y aumentando y hoy no sólo se compone de una sola

calle, sino que hay otra atrás paralela á aquella, y otras dos ó tres pequeñas que corren de Oriente á Occidente, y encierran en su cuadro un lago ó estanque, donde hay un pequeño puente en el centro para pasar de la calle principal á la otra paralela, al fin de la cual, por el extremo Sur, termina en una pequeña esplanada en que se eleva un pequeño templo gótico bastante vistoso; un monumento sencillo con el busto de Aspinuol, fundador del ferrocarril á Panamá, rodeado de pequeñas palmas y otros arbustos, y á su espalda, siempre al Sur, el Océano, cuyas olas se estrellan á todo el largo de la playa que va costeando de Oriente á Occidente, guarnecido de lindas casas inglesas y americanas rodeadas de palmeras, árboles colosales y otros arbustos, y embellecidas de jardines. Al extremo Norte de la calle principal, un poco distante del centro, se mira blanquear, sobre el fondo verdinegro del bosque, la estatua de Colon, que regaló la Emperatriz Eugenia. Este monumento está erigido en el mismo

lugar en que deben romper el gran canal que se proyecta abrir próximamente; acercándose á él, se admira la estatua del héroe genoves en pie sobre un bonito pedestal de mármol blanco, con sus inscripciones en los cuatro lados, que abraza paternalmente á una jóven india que yace medio inclinada, contra su costado derecho. Las figuras son correctas y el grupo esta perfectamente combinado en todas sus líneas.

El puerto es hermoso y bien acondicionado, con muelles extensos y cubiertos, que pertenecen á las diferentes líneas de vapores que tocan á Colon, entrando hasta donde atracan los wagoes de carga para tomar las mercancías que vienen del extranjero, ó llevar el café ó cacao que sale para Europa.

En cuanto al ferrocarril que atraviesa el Estrecho, es inaudito el abuso que se comete en él por la empresa americana, pues á título de que no tiene competencia, hace pagar á los pasajeros la excesiva cantidad de \$ 25 por su pasaje en un trayecto que no pasa de 14 le-

guas, y se anda en ménos de dos horas; un perro, por pequeño que sea, cuesta su condicion \$ 5, y el exceso del equipaje tambien un sentido; pagando precisamente en moneda americana.

No teniendo objeto que me detenga en Colon, salgo esta tarde para Panamá, y de ahí volveré á escribir, contándote lo que vea en el camino y en esa poblacion. Adios.